

REFLEXIONES SOBRE LA CUMBRE DE CARTAGENA (*)

Por RAFAEL HERNÁNDEZ COLÓN

Agradezco a la «Casa de América» la invitación que se me ha extendido para unirme a esta jornada de reflexiones sobre la IV Cumbre Iberoamericana de Naciones a celebrarse en Cartagena de Indias el próximo mes de junio. Es para mí un honor encontrarme entre este grupo de distinguidas personalidades iberoamericanas presidido por una persona tan admirada y tan querida como el ex presidente de Colombia, el doctor Belisario Betancur. Asistí en calidad de invitado especial a las Cumbre de Guadalajara y de Madrid y como es natural, tengo mi valoración propia e inquietudes de lo ocurrido desde entonces a esta parte.

Las Cumbres de Guadalajara, Madrid y Salvador consolidaron las Conferencias Iberoamericanas como espacio político y foro de concertación con características, la defensa de los derechos humanos, la solución de conflictos a través de los organismos internacionales, la representación de los países iberoamericanos en los cuerpos decisorios de estos organismos, la protección del medio ambiente, la afirmación cultural y otros.

En ese ámbito de la concertación política se ha visto algún movimiento para alcanzar objetivos comunes como por ejemplo la colaboración con el secretario general de la ONU con resultados positivos en los procesos de negociación en Centroamérica; la gestión de un dictamen de la Corte Internacional de Justicia sobre la aplicación extraterritorial de sentencias o legislación de un país, o la promoción de candidaturas iberoamericanas

(*) Palabras pronunciadas por el autor, el ex mandatario puertorriqueño Excmo. Sr. don Rafael Hernández Colón, en vísperas de la IV Cumbre Iberoamericana de Cartagena de Indias (Colombia) en 1994.

para organismos internacionales. Sin embargo, la dinámica que llevan las Cumbres nos hace pensar que dista mucho el día en que, desde su unidad cultural y entronque histórico, Iberoamérica se piense a sí misma como una civilización —en el sentido que Huntington plantea el tema de las civilizaciones— con la debida articulación para hacer sentir su voz con el peso de los valores culturales y éticos que representa frente a la problemática que confrontan los pueblos del Mundo.

Un ejemplo de lo que podríamos esperar de la Cumbre de Cartagena si realmente queremos manifestarnos con una sola voz sería una reflexión dialogada sobre la posición iberoamericana ante los temas a discutirse en las próximas Cumbres mundiales en materia de desarrollo social, población y mujer.

En torno a cada uno de estos temas la perspectiva iberoamericana parte de valores que aunque no son privativos nuestros, sí tienen para nosotros unos niveles jerárquicos y unos matices particulares.

Tomar postura frente a temas como estos, implica enfrentarse a mayores o menores complejidades políticas internas y externas. Si ha de hacerse política en verdad a nivel de la Cumbre no basta con emitir declaraciones con generalizaciones que a todos complacen porque nada dicen. Hay que definirse.

El tema de población, por ejemplo, plantea un problema políticamente difícil, pero me parece ineludible que si los valores definitorios de nuestro ser y nuestro compromiso con los derechos humanos establecen un compromiso con la vida y con la familia, adoptemos con convicción la postura que corresponde y dejemos sentir el peso de nuestra posición ante los pueblos del Mundo. Ese peso depende de nuestra autenticidad con nosotros mismos.

La concertación política en la Cumbre de Cartagena debe dar pasos decididos para que, como se dijo en Guadalajara, comencemos a «proyectar hacia el tercer milenio la fuerza de nuestra comunidad».

En el ámbito de la cooperación, aunque las Cumbres han realizado el papel de diversos organismos del sistema interamericano y han servido para reforzar el entramado de relaciones e intereses tanto en el plano gubernamental como el de la sociedad civil, lo cierto es que programas como el de Alfabetización y Educación Iberoamericana, el Programa MUTIS de Becas, el Plan Regional de Inversión en Ambiente y Salud, así como en el Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, el adelanto ha sido de escasa consecuencia.

La Cumbre de Cartagena debe adquirir un sentido de urgencia en torno al desarrollo del potencial de Iberoamérica como unidad sociocultural que se refleje en la concertación política decidida, en la implantación de programas y en la creación de un sentido esperanzador de futuro en común de las poblaciones iberoamericanas.

La integración de Iberoamérica avanza con una dinámica más poderosa por la vía económica. Es saludable que converjan los esfuerzos para que el desarrollo que se produzca sea integral y equilibrado. La mera integración económica con Norteamérica puede desequilibrar tanto en lo cultural como en lo social. Puede, sin embargo, ser un valioso soporte de una civilización con conciencia de sí misma.

Los logros alcanzados durante los pasados años por la mayoría de los países iberoamericanos a nivel macroeconómico proveen un excelente punto de partida para encauzar las políticas de justicia social que urgentemente requiere el equilibrio en lo social. La integración comercial con Norteamérica que ha comenzado por México y la que se está produciendo entre diversos países de Iberoamérica puede potenciar la estabilización macroeconómica y el crecimiento, pero no necesariamente va a producir el cambio que en lo social se requiere. La Cumbre de Cartagena no puede ser ajena a esta realidad.

Los programas de ajustes económicos impuestos por el Fondo Monetario Internacional han afectado la capacidad de los gobiernos para socorrer los sectores más necesitados de los países iberoamericanos creando desequilibrios sociales, mayores a los tradicionalmente existentes. La injusta distribución del ingreso se ha acentuado: 61,8% de Iberoamérica vive bajo la línea de pobreza; un 5% en altos niveles de riqueza. Las políticas neoliberales han privado a amplios sectores de las poblaciones de su acceso a servicios de salud, de educación y de vivienda. Sin embargo, se han tenido grandes éxitos en dismantelar Estados que generaban pobreza y decadencia económica, en estabilizar las economías y abrirlas a los mercados internacionales.

El momento presente reclama que la Cumbre estimule y promueva el Estado eficaz y solidario. El Estado capaz de proveer infraestructuras y servicios básicos, de cobrar contribuciones, de reglamentar con profesionalismo las compañías de servicios públicos ahora privatizadas, de asegurarse mediante la inversión social, la equidad en el reparto de los frutos de un crecimiento económico que hay que sostener.

La inversión social puede ser una inversión productiva y generadora de empleos. La redistribución del ingreso que genere el cobro eficaz de las contribuciones a niveles cuidadosamente graduados, debe efectuarse por la vía de la inversión en el desarrollo personal de los hombres y mujeres que componen las masas empobrecidas de Iberoamérica. El gasto público en educación, formación profesional, buena salud, y nutrición adecuada no es solamente una inversión social, es a su vez una inversión productiva generadora de una fuerza laboral que por sí misma estimula la inversión creadora de empleos.

Si tomamos en cuenta las grandes desigualdades de ingreso en los países iberoamericanos y la alta incidencia de la pobreza especialmente en cuanto a las comunidades indígenas y los residentes de áreas rurales, la redistribución por vía de educación, salud y nutrición adquiere no sólo el valor de una justicia social que es moralmente imperativa, sino que a la vez resulta en una inversión en capacidad productiva que apoyará el crecimiento económico sostenido indispensable a largo plazo para sacar las grandes masas de su marginación.

Esta política para el desarrollo de lo que los economistas llaman el «recurso humano» de los países es tan esencial para el desarrollo económico como lo es la estabilidad macroeconómica, la competitividad en mercados internacionales y la infraestructura física y así lo ha señalado el Banco Interamericano para el Desarrollo (BID). La inversión pública en el desarrollo del potencial humano, es decir, de todos los que cualifican para formar parte de la fuerza laboral, se requiere para facilitar el proceso de ajustes a corto plazo requerido por las políticas de estabilización macroeconómica; para adaptar la producción y el empleo a los cambios en la economía internacional; y para sostener el crecimiento de la productividad a largo plazo. De esta forma se pueden proveer las oportunidades necesarias para que todos los miembros de la sociedad puedan alcanzar los beneficios del desarrollo.

Quizás un programa de cooperación técnica con la participación del BID en cuanto a cómo gestionar los presupuestos y los ingresos fiscales puedan ayudar para encauzar la acción en esta dirección en los diversos países que quieran y requieran de tal asesoramiento. Pero no sería suficiente. En el fondo el problema es político.

Esto requiere de decisiones políticas más que de estrategias económicas, lo cual exige una reflexión sobre la profundización que es necesario llevar a cabo en numerosas democracias en Iberoamérica, para que

cerca de 300 millones de seres humanos alcancen sus justas aspiraciones.

No es probable que políticas de la naturaleza anteriormente discutida se adopten en la medida necesaria por los gobiernos de los países iberoamericanos, a menos que las leyes electorales de estos países promuevan la inscripción y el voto de toda la población con edad para hacerlo. La existencia de regímenes democráticos sólo asegura la justicia social y la autonomía cultural minoritaria si el padrón electoral se corresponde con la población del país, con todas sus etnias, grupos y clases sociales. Hablo de lo que se garantiza a través del voto, no de lo que puede hacer un ocasional gobierno particularmente iluminado y motivado.

Si el padrón electoral margina sectores importantes de la población, aún con transparencia en los procesos de conteo de votos y alternancias en el poder, tendremos una democracia en apariencia, pero funcionalmente podemos estar ante un Estado oligárquico y plutocrático que fundamentalmente se ocupará de los intereses de las clases altas. Sin embargo, cuando están inscritos y votan, con un porcentaje bajo de abstención, todos los electores con edad para votar en países como los de Iberoamérica, con más de la mitad de la población viviendo bajo la línea de pobreza, la justicia social y las reivindicaciones culturales de las minorías se producen como fruto maduro del árbol de la democracia.

La Cumbre de Cartagena podría dar un gran paso adelante creando un instituto para la profundización de la democracia en Iberoamérica. Un Instituto que examinara la realidad en los distintos países iberoamericanos y recopilar la información para contestar preguntas como las siguientes: ¿cuál es la relación entre el total de la población y la población inscrita para votar?, ¿está adecuadamente censada la población?, ¿qué hay de las comunidades indígenas?, ¿cuál es el nivel de abstención?, ¿cómo se formulan las listas de candidatos?, ¿qué dificultades existen para emitir el voto?, ¿cómo se corresponde la distribución porcentual por etnias y por sexo de los oficiales electos con su distribución porcentual en la población? Un instituto que en función de dicha información pudiera formular las recomendaciones pertinentes para un mejor funcionamiento de los sistemas democráticos de los distintos países, podría hacer una contribución estratégica a solventar la terrible injusticia social que se vive en casi toda Iberoamérica.

En vista del momento histórico en que se encuentran los países iberoamericanos, uno de enormes posibilidades, pero a la vez con grandes ries-

gos, la Cumbre de Cartagena no puede hacer de los pobres, de los marginados, de las comunidades indígenas, o de la democracia o de los valores culturales y éticos de Iberoamérica, meros puntos de referencia para piadosas expresiones retóricas, sino fuertes puntos de partida para una concertación y programación eficaz e ilusionante que convierta en realidad los ideales proclamados en Guadalajara, de una civilización iberoamericana fundada en la idea de la dignidad e igualdad de sus diversas culturas, y en una concepción integral y liberadora del hombre y la sociedad como creadora de su destino.